

Dos microcuentos y pico

María de Miguel*

Ingestión accidental. Procedimiento

Supongamos que usted, torpe donde los haya, acaba de ingerir un barbarismo con hueso y todo. No se preocupe. Siga tragando saliva.

El esófago, comunicado río arriba con la garganta y río abajo con el estómago, acogerá al cuerpo extraño sin demasiados miramientos (cuestión de estrategia).

Pronto llegará la primera frontera: un estrechamiento, un pequeño descuadre, acaso un derrape consigan que dicho palabro lamente haber madurado a destiempo. Será tarde. Bastará un frívolo roce donde usted y yo sabemos para que tan maligna semilla, considerada, a los efectos, grano o despropósito, consiga que la válvula gástrica se relaje, básicamente por entusiasmo.

Sucedirá entonces la etapa que llamaremos de mezc-lanza o popurrí, que incluirá colegueo con ácidos digestivos, propulsión hacia el duodeno y opción por jugos, sean pancreáticos, hepáticos o intestinales, que darán cuenta de pellejo y partes blandas, en cierto modo pudendas.

¿Y el barbarismo? ¿Dónde quedará el barbarismo? Pues bien, no merecerá peor penitencia que intimar con el colon, destinado a dar mayor solidez, si cabe, a las bajantes de su retrete. Huelga decir que el grado de sufrimiento que a usted le espera será directamente proporcional a las dimensiones del disparate. Las hieles del éxito, que se dice.

Subconsciente

Hoy he conocido al nuevo adjunto de pediatría, se llama Paco. Se ha presentado en el servicio cuando yo salía de mi turno y la primera impresión ha sido buena; parece tratable. También es verdad que una venía relajada, que la noche ha discurrido tranquila, sin apenas sobresaltos. Para los que trabajamos con niños, eso es un triunfo.

Le he enseñado el nido y la sala de incubadoras. Varios padres pipiolos señalaban a través del cristal mientras le iba diciendo «éste es Guillermo», «la pelona es Aurora», y Paco se quedaba quieto, y los miraba con ternura, como yo. Después me ha invitado a un café y he anotado su número de móvil, por si surgiera alguna urgencia.

Águeda y Leticia, mis compañeras de enfermería, nos han visto en el bar; las muy tontas han pasado de largo y se han sentado en otra mesa. Dicen que no querían interrumpir, que se me veía radiante, a pesar de mis ojeras. Como si no supiera yo de sus maniobras para organizarme la vida, de su vocación de celestinas de cofia y jeringuilla. Les digo que no ha sido Paco tanto, que nunca he paconfiado en los flechazos, que apacoprecio mucho mi independencia y que no necesito un hombre Paco ser feliz. Habrase visto.



* Universidad Pompeu Fabra, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: mmijuel4@yahoo.es.